

El arte de hacernos Santos

PADRE JOSÉ FRASSINETTI Fundador de los Hijos de Santa María Inmaculada.

*LLAMADOS A SER SANTOS Pensamientos del Siervo de Dios con presentación de S.E.
Valentino Vailati*

PRESENTACIÓN

En ocasión del primer centenario de la muerte del Venerable, P. José Frassinetti (2 de enero de 1868) la Congregación de los Hijos de S. María Inmaculada, que ha heredado de él el espíritu de piedad y la sabiduría pastoral, publica una antología de "Pensamientos", dirigidos a todos los miembros del Pueblo de Dios. Está convencida que los lectores atentos se beneficiarán espiritualmente con fecundidad, en tono acorde con la doctrina del Concilio Vaticano II, que invita a todos a ser santos, es decir a madurar la propia fe de tal manera que se santifiquen y lleguen a santificar el mundo en que vivimos.

No se trata de pensamientos nuevos, explosivos, deslumbrantes, como los prefiere nuestro gusto moderno; son más bien consideraciones que emanan, serenas y sustanciosas, de una convicción profunda en sintonía con una práctica generosa de vida.

Estos tienen pues la característica de las verdades inalterables, puras, luminosas, como son las del Evangelio, que se insertan con eficacia en la historia de la espiritualidad cristiana, en todos los tiempos y más allá de todas las circunstancias.

No exageramos haciendo referencia al Concilio Vaticano II: bajo la misteriosa presencia del Espíritu Santo el Concilio ha solicitado una renovación interior de la Iglesia, haciendo madurar ideas, orientaciones de vida, métodos de acción, que ya custodiaba en el tesoro de su doctrina y de su experiencia. Todo esto ha sido puesto al servicio del cristiano de hoy, con un criterio de tempestividad propio de los organismos vivos y vitales, como es la Iglesia católica. Tal vez podemos observar que esta "nueva primavera" de la Iglesia se advierte por haber profundizado las verdades sustanciales, capaces de difundir un ritmo de vida más intenso en todo el cuerpo místico de Cristo.

Es característica propia de los genios y de los santos la de tener intuiciones luminosas en determinados periodos de la historia. Así fue el Venerable P. José Frassinetti.

A la luz de su fe vivísima y en el anhelo de su apostolado, él ha tenido intuiciones geniales que lo ubican entre los precursores de las definiciones del Vaticano II. El ha sido un apóstol de la piedad sacramental y mariana; fue particularmente ferviente ministro del "Misterio Eucarístico" para sí y para los demás.

Sintió el amor a la Iglesia y al Papa en medida muy grande y conquistadora, promovió con ardor el apostolado de los laicos y la formación de los que hoy llamamos "Institutos seculares"; enseñó de todas las maneras el universal llamado de todos los cristianos a la santidad; cuidó de las vocaciones sacerdotales y religiosas con sacrificios fuera de lo común, sabiendo bien que estas son la columna de la Iglesia; escribió de una manera muy fecunda para las clases populares y sostuvo con fervor el apostolado de la buena prensa.

Junto con otros apóstoles de su tiempo -entre los cuales sobresale San Juan Bosco, unido al P. Frassinetti por una cordialísima amistad- quiso que la Iglesia estuviera presente en el mundo con el esplendor de la doctrina, de la santidad, de la caridad, del servicio maternal, para llevar a todos a la salvación.

Por todo esto sentimos la figura de Frassinetti viva y actual todavía, en perfecta armonía con nuestras aspiraciones cristianas, aunque ya más de un siglo nos separa de él.

Quien lea estos "Pensamientos" tomados de distintos escritos de Frassinetti, especialmente de aquellos destinados a incrementar la vida religiosa del pueblo cristiano, a lo mejor puede tener una impresión de fragmentariedad, de dispersión. Esto no corresponde de ninguna manera a la mentalidad del Siervo de Dios y tampoco a la fisonomía de su espiritualidad.

El lector podrá convencerse fácilmente de esto leyendo el precioso folleto "El arte de hacerse santos", presentado al final de este librito.

Considero provechoso para los lectores, añadir alguna observación que ayude a comprender la "personalidad" de Frassinetti especialmente para aquellos que no tienen posibilidad de estudiar a fondo la vida y las obras:

1). La primera característica es el sobrenatural realismo con el cual trata al hombre y sus acontecimientos. En las actitudes de Frassinetti no hay nada ficticio, arbitrario, problemático: él contempla al hombre en el cuadro histórico de la salvación realizada por un Amor infinito, así cree en el hombre por lo que es y por lo que realmente vale. No toma nunca la actitud del psicólogo refinado, que a menudo puede mostrarse artificioso, al contrario se basa sobre la experiencia fácil, experimentable e iluminada por la Fe.

La precisión de sus ideas lo llevaba a tener una

comprensión realista de la situación religiosa de su tiempo, de tal forma que podía evitar el optimismo inconsciente y el pesimismo estéril. Acepta el mundo así como es, con sus miserias pero también con la inefable riqueza de amor de parte del Padre, y entonces con la posibilidad nunca acabada de elevarse y de perfeccionarse.

Lo que importa es trabajar en el nombre del Señor; hacer el bien según el don que cada uno ha recibido como Gracia.

2). Un amor tan grande para lo concreto no transforma a Frassinetti en un fácil practicante o fanático de la acción. El aparece rico de equilibrio en las ideas y en la práctica de la vida, es decir dotado de una discreción maravillosa siempre a la luz del Evangelio de Cristo que ha venido como "bueno y manso Pastor" a salvar al hombre.

Todo su sistema ascético-moral está animado por sabiduría y prudencia; sostenida además por una suave caridad, una doctrina sólida, una larga experiencia de vida apostólica, y una controlada actitud de juicio.

Para entender esto es suficiente citar algún folleto escrito para laicos, como "El consuelo del alma devota" (1852), donde presenta con mucha delicadeza el concepto y la práctica de la santidad cristiana, no sólo en forma ordinaria, sino también perfecta, a la cual todos los hijos de Dios, sin excepción, debemos aspirar. El Concilio Vaticano II ha confirmado plenamente las enseñanzas del P. Frassinetti.

"El Padre nuestro de S. Teresa de Jesús", (1860), es un tratado popular sobre la teología de la oración, que merece la máxima difusión, especialmente en nuestro tiempo en que tendemos a exaltar las capacidades del hombre, como si pudiera bastarse a sí mismo, aún en el mundo de las realidades sobrenaturales.

"El arte de hacerse santos", (1861), es un precioso compendio en el cual expone a los fieles el concepto de la santidad cristiana, la obligatoriedad y la facilidad para alcanzarla, permaneciendo cada uno en su propio estado. Sugiere los medios eficaces que reduce a tres: el total ofrecimiento de nosotros mismos a Dios Padre por medio de Jesucristo Salvador: la correspondencia generosa a todas las buenas

inspiraciones y la obediencia al Sacerdote-director espiritual. Esta obrita suya está presentada, en su texto original, al final del presente librito.

3). Quiero señalar todavía una característica: Frassinetti sostiene que todo el bien, cualquiera que sea su origen, es para gloria de Dios, sin limitaciones de visiones personales. Sus ideas son amplias, abiertas a la ayuda de los demás: sus juicios no son excluyentes ni inamovibles, sino capaces de una educación, de una confrontación, de un diálogo.

El es una persona magnánima en las ideas y en los hechos, sin bajezas ni superficialidad, abierto a todo lo que es grande, bello y bueno en el Señor. Esta "mentalidad" capacitó al P. Frassinetti para poner mano a numerosas instituciones, prevalentemente de carácter popular "para conquistar nuevas glorias a la santa Iglesia de Cristo"; y al mismo tiempo le dio la sabiduría de integrar "tradiciones y novedades", siempre buscando lo mejor, es decir con fin sobrenatural.

Es fácil encontrar la completa sintonía entre esta mentalidad y el empuje al apostolado que el Vaticano II ha querido dar a todos los laicos en la Iglesia, y las directivas del mismo Concilio, para obtener una constructiva actualización de la misma Iglesia.

En las obras de Frassinetti no hay nada que estimule a sacerdotes o laicos a la desatención, a la superficialidad, a la rebeldía, a la desconfianza hacia la Jerarquía, al empeinado hacer como se quiere. Solamente después de haber inmolado, junto con Cristo crucificado, el propio egoísmo y las comodidades personales, podemos afirmar que buscamos la gloria de Dios, manifestada por el Espíritu Santo. Lo que he escrito en esta presentación confirma la bondad de la iniciativa de los hijos espirituales del Siervo de Dios P. José Frassinetti de reunir algunos de los "Pensamientos" más significativos de sus escritos; y más que la esperanza queda la alegre certeza de que este librito producirá mucho bien a cuantos quieren amar al Señor y servir a su Iglesia, mientras esperamos que El venga a todas las almas, en gracia y en verdad.

+ VALENTINO VAILATI

Obispo de San Severo

EL CRISTIANO Y LA SANTIDAD

Llamados a ser santos

Dios quiere que todos, cada uno en su estado, lleguen a ser santos. La santidad cristiana consiste en la caridad, es decir, en el cumplimiento de la voluntad divina. Si la creatura humana llega a vivir exclusivamente para su Creador, alcanza por eso mismo la perfección. Convéncete de que toda persona puede lograr la verdadera perfección. Convéncete de que tú también, en cualquier estado que te encuentres, puedes vivir únicamente para tu Creador.

Muchos caen en el gravísimo error de creer que la santidad, es decir la perfección cristiana, es algo demasiado difícil de alcanzar. Este es un error que produce mucho daño, porque quien considere que llegar a ser santo es una empresa demasiado difícil, no pondrá su aporte para alcanzar esta meta, de manera que no llegará a santo, sino que permanecerá en sus defectos y pecados.

Este es el signo de la santidad: decidirse a dar el corazón enteramente a Dios. Si la creatura lo entrega, el Creador sin duda lo toma, y la santificación está asegurada. Si quieres llegar a la perfección cristiana, desea mucho y ardientemente conseguirla. No es soberbia sino buena voluntad el hacer lo que Dios quiere de nosotros.

Dios no puede dar los buenos deseos sin dar las fuerzas para realizarlos. ¿Deseas ser santo? ¡Feliz de ti! Serás santo. Quien desea, ya tiene algo para empezar. Ten bien en cuenta que el deseo de ser muy santo a los ojos de Dios es hijo de la santa humildad, pero el deseo de ser muy santo a los ojos de los hombres es hijo de la maldita soberbia.

Hay que convencerse de que los santos no llegan a alto grado de perfección delante de Dios por medio de dones extraordinarios u obrando maravillas: llegan por medio del ejercicio de las virtudes cristianas, vividas en perfecta uniformidad a la voluntad divina.

Confórmate con recorrer el camino ordinario. No pretendas cosas más altas si no quieres llegar a ser más soberbio que santo. Si la gallina quisiera volar como el águila sobre las nubes, ¿no te reirías de esta presunción? Hay que tener alas de águila para volar

como vuela el águila.

Tienes que convencerte de que Dios te ama, y por eso dispone todo para tu bien, y si no fueras impaciente, todas las cosas que te pasan, todas, serían para ti de inmensa ventaja.

Todos seríamos santos de esta manera. Porque en esto consiste la perfección: hacer en todo la voluntad de Dios.

Tenemos el ejemplo de un monje que en su forma de vida no se diferenciaba en nada de los demás, pero por su gran docilidad a la voluntad de Dios, realizaba milagros.

El deseo de perfección debe ser constante en todo tiempo y frente a cada prueba. Si se interrumpe este deseo se deja de obrar bien y retrocedemos miserablemente. Por eso tienes que conservar el deseo de perfección constante hasta la muerte.

No se llega en un momento a la perfecta santificación; por lo general se llega poco a poco, y la santificación a menudo tiene su inicio en pequeñísimas cosas. Cuando te sientas movido interiormente por el deseo de ser santo, ruega al Padre así: "Padre divino, en nombre de Jesucristo yo te pido que me concedas la gracia de hacerme santo. No necesito otra gracia; quiero esta, cueste lo que cueste, y la espero de tu bondad firmemente, ya que Jesús mismo me aseguró que Tú me escucharías".

La oración, la frecuencia de los sacramentos, el exacto cumplimiento de nuestros deberes, el desapego del mundo: esto es lo que forma a los santos.

Pidamos al Señor que nos haga santos, pero hagamos nosotros el esfuerzo por llegar a serlo lo más pronto posible, de lo contrario lo único que haríamos sería hacer reír al demonio y perder tiempo.

La santidad, mirada desde lejos, por su altura, asusta, atemoriza y hace huir; mirada más de cerca por quien tiene el coraje de experimentarla a fondo, enamora y atrae con una dulce violencia. Confía entonces firmemente, pero recuerda: "Oren sin cesar".

Es realmente increíble para la gente del mundo, pero es evidente para las personas espirituales que, con cuanta mayor santidad se vive, mayor felicidad se

siente.

Amor de Dios y del Prójimo

El amor de Dios es la virtud reina de todas las otras virtudes: es la que constituye toda la perfección cristiana.

Toda la santidad consiste en el amor de Dios, por eso cuando es más grande el amor de Dios entonces es mayor la santidad, así como donde hay más fuego, ahí necesariamente hay más llama.

El mínimo grado de amor de Dios es más precioso que todas las riquezas, que todo el oro, que todas las perlas y diamantes del mundo; es más todas estas cosas confrontadas con el amor de Dios, son como barro y basura.

Si quieres aprender la ciencia del divino amor, haz con simpleza ejercicios del mismo amor, haciendo actos de amor de Dios de la mejor manera que sepas. En la ciencia del amor divino, de hecho, más que toda teoría y toda enseñanza vale el ejercicio. Con la ayuda de la gracia divina es para todos tan fácil hacer actos de amor de Dios como hacer las otras obras buenas a las cuales está obligado el cristiano.

Hay que tener en cuenta que Dios, de parte de sus más íntimos amigos, quiere ser servido con un amor puro y desinteresado, y de ellos quiere una virtud muy probada.

Ocurre entonces que para ellos la vida de amor no es siempre vida de consolaciones y dulzuras; muchas veces es vida de aridez y sufrimientos interiores, y a veces ocurre que deben sufrir también largos y duros conflictos de parte de sus pasiones y de parte del demonio.

Un corazón mortificado, que ama el retiro, que practica la oración, que es desapegado del mundo, necesariamente es un corazón encendido de amor de Dios, porque quitados todos los obstáculos y puestas las correspondientes disposiciones, por sí mismo el amor de Dios toma posesión del corazón humano.

Hace falta persuadirnos bien de que nosotros somos de Dios y que nuestro mayor bien es llegar a ser totalmente suyos y que se cumpla perfectamente en nosotros su santa voluntad.

Para poder amar a Dios con todo tu corazón es necesario que te conformes a su santa voluntad, tanto por lo que se refiere a sus preceptos como a sus disposiciones. En efecto el amor de Dios no es otra cosa que la uniformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios de tal manera que nosotros, si queremos lo que El quiere, tenemos el amor de Dios.

El buen cristiano, cuando por la mañana se despierta del

sueño (en el cual debe tratar de ser sobrio) procure dar inicio a la jornada dirigiéndose al Señor, la cosa más linda y merecedora que pueda hacer será un acto de amor de Dios diciéndole " Dios mío, te amo con todo el corazón".

El amor divino perfecto, por lo general, no se adquiere en un momento sino poco a poco, grado a grado. Es un camino que lleva muchos años de esfuerzos. Para esto no ayuda la impaciencia o el apuro desconsiderado que quita la paz, confunde el espíritu y hace retroceder más que adelantar. Algunos tienen alas de paloma y vuelan rápidamente hacia el perfecto amor, pero estos son pocos. En cambio son muchos los que tienen alas de gallina y sólo pueden dar pequeños saltos y adelantar paso a paso. Sin embargo poco a poco pueden llegar donde llegan los primeros, pero deben tener paciencia y llegarán, con mucho esfuerzo y largo tiempo.

Dios nos ha hecho libres y no trabaja en nuestro corazón si nosotros no queremos. Él está dispuesto a hacernos todos suyos, es decir santos; pero quiere que nosotros estemos dispuestos a todo, y que nos entreguemos a Él con un ofrecimiento total e irrevocable.

Hermanos míos, esto es todo: el fervor de la caridad. ¿Cómo pueden dar buenos frutos las almas frías que no desean amar a Dios?

Cuanto más el hombre ama al Señor, más es amado y bendecido por Dios.

El amor de Dios es generoso. Un alma imbuida del amor de Dios, no tiene miedo de iniciar cualquier actividad importante, aunque cueste esfuerzos, privaciones, sacrificios, con tal de dar gloria a Dios, no confiando absolutamente nada en sí mismo.

El amor de Dios es un amor temeroso. Pero, ¿de qué puede temer quien tiene el amor de Dios? Su único temor es el de disgustar a su Dios aún mínimamente.

Quien posee el amor de Dios vence todos los malos apetitos aún en medio de las tentaciones más violentas y las desolaciones más oscuras.

El amor de Dios es puro, es decir actúa en el alma de tal forma que esta llega a amar solamente a Dios, y lo ama porque merece ser amado.

Los corazones de aquellos que aman la perfecta caridad son como lámparas, y más, son como antorchas que lanzan llamas y encienden los otros corazones que se acercan a ellos.

El amor de Dios no puede estar solo: necesariamente debe juntarse con el amor del prójimo. Estos dos amores son como dos arroyos que nacen de la misma fuente y no pueden estar separados uno del otro.

Si quieres ser bendecido por Dios en la vida, si quieres ser consolado en la muerte, si quieres de veras tener una eternidad feliz, pues bien, ten siempre en el pecho

un corazón tierno, eficazmente compasivo hacia los pobres, siempre lleno de caridad y misericordia hacia todos. Ya te lo dije, te lo repito con nueva sinceridad: tendrás bendiciones en vida, consuelo en la hora final y el Paraíso será tuyo.

Verdadera y falsa piedad aridez de espíritu

La verdadera piedad es dócil y dúctil, busca el bien porque da gloria a Dios. Con tal que lo pueda alcanzar considera indiferente el camino por el cual llega; mirando solamente a la gloria de Dios no le da importancia a que el camino esté lleno de espinas o florecido. Quiere decir que la piedad inflexible, dura, no es la verdadera, y quien practica esta especie de piedad no es el ejemplo que conviene seguir.

La piedad está tan unida con la caridad que no es otra cosa que un aspecto de esta misma virtud. Y la caridad quiere que no se elijan las opiniones más rígidas sino las más útiles y practicables para la conversión de los pecadores. De hecho es la caridad la que animó a tantos hombres santos que abrían los brazos a los pecadores y los llevaban a detestar el pecado.

Cuando la piedad es verdadera acompaña más a los pecadores que a las personas con buena

espiritualidad. Es así porque los pecadores ven que tienen que luchar y sacrificarse más y lo hacen con buena disposición, para poder ofrecer a Dios algún sacrificio de mayor peso. Es así porque los pecadores tienen mayor necesidad y la lógica quiere que antes de adornar a una persona vestida hay que vestir a un desnudo. Entonces, sepamos reconocer que si alguien tiene esta piedad sin caridad, no es camino seguro para imitar en nuestra vida.

La verdadera piedad es humilde y la humildad es edificante. Quien debilita y cansa la interioridad, quien deja al costado al pastor, no tiene verdadera piedad: es un hielo que congela a quien lo toca.

Si te encuentras en mucha aridez y desolación, es bueno que te humilles mucho, pero confía mucho más.

Te recomiendo mucho que no pierdas la serenidad por cualquier aridez, frialdad, temor, tentación que puedas tener.

Aunque estés en lucha con todo el infierno no pierdas la serenidad. Cuando te parece más fuerte el abandono de Dios, ora diciendo que por su infinita misericordia Él no te puede separar y alejar de su Amor. Pide que haga de ti lo que quiere, pero dile que quieres estar unido a Él en la vida, en la muerte y por toda la eternidad; cueste lo que cueste Aún en la aridez interior tu esfuerzo sea el serenarte, mantener la tranquilidad y crecer siempre en la confianza en Dios.

¡Qué hermoso el cielo cuando está sereno! Cuánto más bella un alma que vive en gracia de Dios!

OBSTÁCULOS PARA LA SANTIDAD

El pecado

Temer únicamente el pecado, porque en realidad es el único y verdadero mal.

El pecado es como una espina metida en el corazón; hasta que no se saca no deja de pinchar.

Si hace diez años hubiéramos tenido una enfermedad, ahora no sufriríamos más por ella; en cambio si hace diez años hubiéramos cometido un pecado y no lo hemos llorado todavía, tenemos que temer un gran daño.

Tendríamos que comprender la infinita grandeza, la inmensa bondad de Dios para entender toda la maldad del pecado mortal.

Puedes pensar como prefieres, pero es verdad que si caes y vuelves a caer en el pecado es porque quieres; si no quieres cometerlos más, no los cometerás; porque con la gracia de Dios, que no falta, se puede y se debe evitar el pecado: por lo tanto, también después de muchas recaídas, deberás siempre proponerte y esperar, con la ayuda divina, no pecar más.

Cuando cada pecador se encuentra en pecado mortal está en un mal estado; cuando se ha acostumbrado al pecado está en un pésimo estado.

Las recaídas no siempre son fruto de una falta de verdadero propósito, muchas veces solamente significan que la voluntad está mortificada y cansada por el repetirse de las tentaciones.

El dolor por el pecado es la alegría del alma; y para ella el llorar por el pecado es el más dulce de los consuelos.

Levantarnos del pecado, con la gracia de Dios, es mucho más fácil de cuanto podemos pensar. ¡... Ah! Si tu estuvieras en estado de pecado, escucha ahora la voz de Dios que te habla al corazón y te dice: "confiéstrate, conviértete". Escúchala, pero escúchala enseguida, ahora que la sientes; quizás otro día no la escucharás más.

Convertirse a Dios es fácil, si se quiere. Dios está muy dispuesto a perdonar los pecados. Si llegaron a

comprenderlo los pecadores, pronto estarían viviendo todos en gracia de Dios.

La parálisis es una enfermedad terrible. Ella simboliza aquella inquietud e inestabilidad de nuestro corazón que nos mantiene en constante agitación, que nace de la búsqueda de nuestra satisfacción y de nuestra felicidad en las cosas del mundo, que no las pueden dar.

Estamos como aquel que tiene sed y toma agua salada: el pobrecito intentaría quitarse la sed pero la acrecienta siempre más.

El pecado venial, aunque sea un mal liviano confrontado con el pecado mortal, por sí mismo es un mal muy grave, por el hecho de ser una ofensa hecha a una Bondad infinita.

Después del pecado mortal, el venial es el mal más grande del mundo.

Tienes que convencerte, que tu conversión debe ser obra de la gracia de Dios, y esta gracia es omnipotente, así que frente a ella no puede haber ninguna dificultad. Cuando te hayas convencido de esta verdad, recurre a la Virgen Inmaculada, Madre de los pobres pecadores; pídele que interceda para que su divino Hijo y nuestro Redentor, te conceda la gracia de una sincera conversión; pero pídele con verdadero compromiso y buen corazón como se hace cuando se pide una gracia de gran importancia. Después ve a presentarte a un buen ministro de Dios.

Un medio eficaz para alejarse de los pecados es rezar por la conversión de los pecadores.

Cuando puedas evitar que alguien cometa algún pecado, aun pequeño, evítalo; de buenas maneras y con caridad rogándole a cada persona que no ofenda más a Dios. Anímate a hacerlo.

Tentaciones

Es necesario que la persona se resigne a ser tentada; fuerte y constantemente tentada, si esta es la Voluntad de Dios.

Nuestras virtudes deben perfeccionarse y se van perfeccionando por medio de las tentaciones. Por eso debemos resignarnos como ha hecho San Pablo.

Tenemos que prepararnos a la tentación. ¡Ay de quienes no están preparados! Serán fácilmente abatidos y vencidos y se encontrarán con el pecado en el alma.

Cuando Dios quiere dar a un servidor una virtud en grado elevado, generalmente permite que sea muy tentado contra la misma. Por eso, si tienes fuertes tentaciones contra la fe, quiere decir que Dios te quiere dar una fe muy viva; si las tienes contra la castidad, significa que Dios te quiere enriquecer con una castidad muy perfecta.

Te repito que no te asustes de las tentaciones porque el

miedo las hace nacer; mira confiadamente al Señor y no dudes: Él no quiere que caigas.

Tu temor excesivo, es una trampa que te hace confundir la tentación con el consentimiento; aunque entre uno y otro existe la misma diferencia que hay, entre el ver un veneno en un frasco y el tomarlo.

Por lo general creemos que el demonio puede tentarnos cuando y como quiere. No es así: lo puede hacer solamente cuando y como Dios se lo permite. Hay que tener en cuenta que lo que el demonio hace por envidia, Dios lo permite por amor; el demonio nos tienta para llevarnos al vicio, mientras que Dios permite la tentación para que nos fortalezcamos en las virtudes.

LA ASCENCIÓN A LA SANTIDAD

Oración – Meditación

¡Ora! Decir que no se puede sólo es fruto del no querer.

La oración es remedio para todos los males, pero no se conoce remedio contra la falta de oración.

La oración es la fuerza que atrae y llama sobre nosotros las gracias y la misericordia divinas: quien no ora no las recibe.

Cuando pedimos a Dios algún favor, cuando le agradecemos los beneficios recibidos, cuando alabamos su bondad, cuando adoramos su majestad, cuando meditamos las verdades de la fe, cuando hacemos actos de confianza, de amor, de fidelidad, de humildad, de arrepentimiento: es entonces que nosotros oramos.

Orando debemos reflexionar que oramos a Dios nuestro Padre; esta reflexión hace nacer en nosotros la confianza necesaria para obtener las gracias.

En la oración Dios no mira la precisión del lenguaje de los labios: los hombres se fijan en estas pequeñeces, Dios mira el lenguaje del corazón.

El espíritu de oración se cultiva admirablemente en la soledad y en el retiro.

Cuando necesitas obtener algo de los hombres, no pongas tu confianza en la buena amistad o en las relaciones favorables que tienen contigo; pon tu confianza solamente en Aquel que tiene en sus manos el corazón de los hombres mismos. Primero háblale a Él en la oración, y después presenta a los hombres tus peticiones.

Cuando necesites obtener alguna gracia, especialmente si es de cierta importancia, haz orar a los niños. La Santa Iglesia desde los primeros siglos reconocía un valor especial a la oración de los niños y por eso quería que ellos especialmente oraran en la Liturgia de la Misa.

Algunos consideran que oran poco porque no hacen largas oraciones. En cambio ellos, con tener a Dios presente en sus obras, esfuerzos, y con frecuentes actos de amor, de confianza, de ofrecimiento y de peticiones realizadas a modo de jaculatorias, podemos

decir que están en oración continua. Se puede creer que estas personas tienen poca necesidad de otra oración.

¿Alguna vez has observado cuanto tiempo están los pobres a las puertas de las iglesias? Siempre, de la mañana a la noche y sin cansarse nunca, piden limosna a todos. A veces por largo rato nadie les da nada, pero ellos son constantes, no se mueven de allí, quedan ahí sentados en el mismo lugar. Esta es la perseverancia. Así tenemos que portarnos nosotros cuando vemos que Dios no nos concede en seguida la gracia.

¡Que dulce es orar! Realmente es verdad lo que ha dicho Jesús, que en la belleza de la oración está la plenitud del gozo.

Te exhorto con Santa Teresa a que hagas alguna oración con palabras personales. El Señor no pretende que se le hable con elegancia, Él observa el deseo del corazón y aunque las palabras estén mal coordinadas, no se molesta.

Como en el mundo con el dinero se resuelven todas las necesidades materiales así con la oración se solucionan todas las necesidades espirituales. Si no nos gusta rezar quiere decir que no nos gusta recibir gracias.

A lo mejor tú quieres rezar con todo el fervor y la perfección con que rezan los santos, pero si todavía no eres santo tienes que tener paciencia: compromiso sí, pero sereno y sin tensiones porque la tensión quita la paz en la cual quiere habitar el Señor.

Las jaculatorias son manifestaciones afectuosas de los sentimientos que suben al cielo desde el corazón.

Estas no ocupan tiempo, no impiden ninguna ocupación, no pueden ser obstaculizadas por distracciones porque no le dejan tiempo...; son como los respiros del alma que mantienen la vida en Dios: son desahogos del amor que no puede quedar aprisionado en la estrechez del corazón.

Las jaculatorias frecuentes sirven muchísimo para tener

el espíritu recogido y unido a Dios.

Es necesario que el cristiano medite, es decir que piense y reflexione sobre las verdades de nuestra santa religión. La simple meditación, es decir la simple consideración y reflexión sobre las máximas eternas, es necesaria para todos los cristianos para vivir bien y salvarse. Este tipo de meditación es distinto según la capacidad de cada persona, aunque sea inculta y de poca inteligencia.

Por lo que se refiere a la meditación: si no sabes meditar, reza. Recuerda que estás en la presencia de Dios, y es más, a Dios lo tienes en tu corazón: entonces quédate allí con el Señor que está en ti: haz actos de fe, de confianza, de amor, de ofrecimiento y de humildad, especialmente cuando estés más tentado.

Ora por ti, ora por todos los pecadores, por la Iglesia... y permanece sereno. No quisiera repetírtelo más.

La Santa Comunión

La santa Comunión, más que cualquier otro medio, más que cualquier otro Sacramento, hace a los Santos, produce la santidad. De hecho la santa Comunión no solo es fuente de gracia como todos los otros Sacramentos, sino que además contiene la fuente misma de la gracia, Jesucristo nuestro Señor.

La santa Comunión muy frecuente, más todavía la diaria, santificaba a los primeros cristianos y les infundía a ellos el heroísmo necesario para no tener miedo al martirio: en los siglos posteriores y hasta nuestros días ha santificado a todos aquellos que han sido canonizados por la Iglesia como también a un número inmenso de almas piadosas, luminosas a los ojos de Dios por especiales virtudes.

Quítate de la cabeza el prejuicio, si es que lo tienes, de poderte enriquecer espiritualmente de la misma manera de alguna otra fuente como de la santísima Comunión. No es de la austeridad, no es del retiro del mundo, tampoco de las oraciones prolongadas, ni de las meditaciones o de cualquier otra práctica, porque en la santa Comunión se recibe la gracia y además la fuente misma de la Gracia.

Aquel pan celestial es el maná del desierto, es el fruto de la vida, es el descanso del alma angustiada, es la fuente de las divinas revelaciones, es el remedio de todos los males, es la sustancia de todos los bienes, es el Paraíso en esta tierra.

El objetivo directo que tuvo Jesús al instituir la Eucaristía no fue el de hacerse respetar, sino más bien el de hacerse amar. Por eso ha querido quedarse bajo las apariencias de un pequeño pan y en las manos de los hombres, en todas las iglesias, aun las más pobres y humildes. Y esto lo hizo para que nosotros podamos

acercarnos a Él cada vez que lo queramos y unimos a Él en la forma más íntima.

Unico substancial obstáculo a la Comunión, aun diaria, es el pecado mortal. Debemos mantener una santidad de cuerpo y de alma, tanto por el respeto que corresponde a las Comuniones ya efectuadas, cuanto por el respeto a las Comuniones que realizaremos.

Para prepararte mejor a la Comunión procura aspirar, según la posibilidad de tu estado, a la perfección cristiana. Procura ser santo, sé santo, porque lo más justo es que la Comunión sea recibida por santos... Pero si no eres santo de santidad perfecta, al estar en gracia eres digno de recibir la Comunión, por la dignidad que la gracia misma te confiere.

Te exhorto a acercarte con ánimo al Banquete, no solamente por la dignidad que te da la gracia, sino también porque acercándote a la Comunión progresarás en el bien y poco a poco irás adquiriendo también las otras disposiciones que son muy deseables, útiles y convenientes.

Considera como una gran pérdida una Comunión menos, dejada por pereza o negligencia.

Puede ser cierto que todavía no estás muy bien dispuesto a la Comunión frecuente y diaria, pero cree también que la Comunión frecuente y diaria te dará la capacidad de llegar a esto.

A través de la Comunión muy frecuente se infunde en las almas el amor a la santa Castidad y la fuerza para conservarla.

El cristiano que recibe la Comunión todos los días, aunque sea con imperfecciones y ciertos pecados, recibe todos los días un aumento de gracia santificante. Este es el bien que yo veo, y me parece realmente un gran bien.

Ven, ven al banquete del amor divino y cuando te asalten todas las tentaciones, sólo serán como un enjambre de moscas, del cual no puedes temer otra cosa que un poco de molestia.

No hay tentaciones tan fuertes que no se puedan vencer, de veras, con la Comunión bien recibida.

Entre aquellos que frecuentan la Comunión hay muchas personas puras y muy puras.

Promoviendo la santa Comunión frecuente se promueve la perfecta castidad, porque quienes se acercan con frecuencia y amor al banquete del Amor divino se ocupan fundamentalmente en evitar el pecado con toda firmeza y en amar esta virtud.

No cabe duda de que acrecentando la frecuencia de la santísima Comunión crecerá el número de quienes abracen la vida casta.

Amante de Jesús, ten la seguridad que la Comunión frecuente, y mucho más la diaria, moldea a los santos.

Recuerda que la Comunión espiritual es un abrazo interior que se cumple con un acto de amor, como si recibiéramos verdaderamente a Jesús.

Adoración Eucarística

Una iglesia donde se conserva el Santísimo Sacramento es el Paraíso en la tierra, porque allí está realmente la presencia de Aquel que constituye el Paraíso del cielo.

Jesús está en el Sagrario como en un trono de amor esperando que los fieles lleguen a hacerle compañía y a pedirle todo lo que necesitan.

La concurrencia de los fieles a las exposiciones públicas del Santísimo Sacramento es el índice y la medida de la fe del Pueblo, porque donde son numerosos los adoradores, allí está viva y despierta la fe: donde son pocos, la fe está muerta y adormecida.

Después de haberse entibiado la fe de muchos corazones, también se ha enfriado la devoción hacia la Eucaristía en muchos corazones.

Los templos donde está el Sagrario nunca deberían encontrarse vacíos y desiertos, al contrario, debería encontrarse siempre un grupito de personas devotas que, junto con los Ángeles, adoren al Señor. En los palacios de los grandes de esta tierra siempre hay mucha gente que concurre y la casa del Rey del cielo muchas veces está abandonada.

Otra demostración de nuestro cariño será visitar con frecuencia a Jesús Eucaristía y quedarnos frente al Sagrario, donde Él se queda día y noche como prisionero de amor para estar siempre dispuesto a responder a todas nuestras necesidades, a recibir nuestras adoraciones, a aceptar nuestras súplicas.

¿Qué tipo de amistad tiene aquel que pasando cerca de la casa de su amigo no se para a saludarlo? Pero, ¿que digo?, mucho más que una palabra. Con los amigos se comparten horas sin darse cuenta: solamente en compañía de Jesús un cuarto de hora nos parece interminable.

Un modo fácil de hacer la visita al Santísimo Sacramento puede ser este: se ama, se alaba, se agradece, se pide.

El Sagrario debería ser el imán para nuestro corazón: como el hierro no se separa nunca del imán sino por fuerza mayor, así nosotros no deberíamos separarnos nunca del Sagrario.

Si tuviéramos fe viva, si tuviéramos amor verdadero, buscaríamos mil maneras para hacer el bien y honrar a Jesús en el Sagrario, El amor tiene inventiva y busca miles de formas para explicarse, y cuando es más ardiente sabe encontrar mejores formas para manifestarse.

Un buen confesor

Tienes que convencerte que un buen confesor es un gran don de Dios; si todavía no lo tienes deberías pedirlo en la oración, rogándole a Dios con fe, confianza y perseverancia. No quepa duda que el Señor te escuchará.

¿Cómo elegir el confesor? Es cosa muy fácil: es suficiente conocer de entre los ministros de Dios quienes resplandecen por mayor luz de ciencia, piedad y buen ejemplo. Elige entre estos y no quedarás engañado.

Además elige entre aquellos que celebran la Misa con mayor devoción, que muestran tener espíritu de oración, tienen fama de buena cultura, muestran compromiso y fervor en la predicación para la salvación de las almas y evitan diversiones y conversaciones vacías mientras que se dedican totalmente al ejercicio de su ministerio.

Si ya tienes un buen confesor manténlo con esmero. No lo cambies con superficialidad. Si tienes que hacer una elección, hazla de la mejor manera: un buen confesor es otro Ángel puesto por Dios al lado del hombre en esta tierra como su custodio visible. Después, obedécele con puntualidad: cuando habla el confesor considera que habla el Señor.

Un buen Confesor será útil en la medida que sabes obedecerle y nada más. Tener un buen Confesor y no obedecerle será peor que no tenerlo: porque deberás rendir cuenta a Dios del abuso de las orientaciones que Él te ha comunicado por medio del Confesor.

Amor a Jesús y a la Cruz

Este es el primer acto de justicia: que nosotros amemos a Jesucristo.

Nuestra primera devoción debe ser a Jesucristo. Esta devoción implica un amor muy grande, un respeto inmenso, una obediencia total a las leyes de su Evangelio y toda la posible imitación de sus ejemplos, habiéndose hecho hombre El justamente para ser nuestro orientador, nuestro ejemplo.

El amor a Jesucristo no sólo es amor santo y santísimo por sí mismo sino que además es amor santificador. El amor hacia Jesucristo no se debe caracterizar por un afecto solamente interior, sino que debe pasar a los hechos, es decir, debe ser activo como todo amor verdadero y como era el de San José cuando cuidaba a Jesús.

Para honrar a Jesucristo no te puedes conformar con frecuentes adoraciones y comuniones, con dirigirle a

menudo demostraciones de veneración y de cariño, procura también que hagan lo mismo tus hermanos.

Muchos cristianos no aman a Jesús porque no quieren sufrir nada por amor a Él.

En este mundo: ¿donde se encuentra Jesús? Se encuentra en la cruz, unido a la cruz: de tal manera que no se lo puede encontrar separado de la cruz, y no se lo puede abrazar si no se abraza también la cruz.

El no te dejará nunca sin cruz. Por eso prepárate a sufrir. Jesús, que te ama, no te dejará sin la experiencia de algo tan significativo para Él, como es la cruz.

El más seguro distintivo de las personas que quieren ser todas de Jesús es el amor a la Cruz: no son las largas oraciones, ni las muchas comuniones ni los largos ayunos y tampoco las muchas limosnas.

Si quieres ser de veras de Jesús, tienes que abandonarte en la Cruz con Él. Prepárate entonces a las tribulaciones. Las tendrás en el espíritu y en el cuerpo, de parte de parientes y conocidos... sin embargo no te asustes, aunque la Cruz todavía te dé miedo.

Un alma piadosa había escrito a los pies de su Crucifijo estas palabras: "así se ama".

Cruces-tribulaciones

No existen santos que no tengan tribulaciones. Dios no permite ninguna tribulación si no es por amor. O hay que renunciar a la amistad de Dios o hay que aceptar ser perseguido.

La esperanza de quien cree que aquí en la tierra puede gozar siempre no tiene fundamento, como la de quien quisiera encontrar exclusivamente flores en un matorral de espinas.

Si quieres estar con Jesús, acomódate en la Cruz con Él, pero alegremente, alegremente; sé lo que digo.

A quienes llevan en su corazón a Jesús y a María por amor, aun las cruces más pesadas les resultan livianas.

Es un gran error decir que los buenos tienen que sufrir más que los malos. Dios es igualmente digno de nuestro amor: cuando nos hace sufrir como cuando nos consuela.

¿Estás afligido? ¡Bendito sea Dios! ¿Estás muy afligido? ¡Muy bendito sea Dios! ¿Qué mayor bien quieres desearle a un alma que ha decidido entregarse totalmente a Dios?

El amor en esta tierra no va separado del dolor, y más, donde el amor es más intenso, más fuerte es el dolor. De la misma manera, si queremos amar a Dios, junto

con las dulzuras de este amor será necesario saborear la amargura de algún dolor. El amor de Dios en principio provoca el dolor de los pecados -dolor precioso- después produce dolor por los pecados y desórdenes de los demás: ¡muy noble aflicción!. Además con el amor de Dios van unidas todas las cruces de este mundo, no todas para cada uno que ame a Dios, sino algunas para todos los que lo aman.

Procura agradecer a Dios por todos los dolores que te enviará. Las tribulaciones miradas a la luz de la fe son las gracias de mayor ventaja para la santificación.

Sin embargo está permitido rogar a Dios que nos libere del dolor.

Si quieres ser liberado de tus tribulaciones, consuela a los demás en las tuyas. Pero cuídate bien del consolar con las palabras cuando puedes consolar con las obras.

Cada día para nosotros es portador de cruces y tribulaciones que no podemos evitar ni derivar jamás. No hay otro remedio que la virtud de la paciencia; ella es el único remedio que Dios nos ha dejado en esta tierra y cuando esta virtud es más perfecta, entonces constituye un mejor y más eficaz remedio.

Si te aflige la idea de la muerte, considérala una de tus cruces: esta cruz también será beneficiosa. Ten seguridad, que cuando la muerte llega de veras, entonces el Señor te quitará todo el miedo y te ayudará a aceptarla como se debe abrazar la última gracia que permite el acceso al Paraíso.

Confianza en Dios

Abandonémonos en las manos de Dios, dejemos que Él disponga de cada cosa nuestra, ocupémonos solamente de amarlo: Él pensará en todas nuestras necesidades.

A menudo la cosa más necesaria a una persona pecadora para convertirse es la confianza, porque cuando el demonio ve que un alma ya está tocada por la Gracia y desea corregirse le hace pensar que el cambio de vida es algo demasiado difícil. Entonces se necesita un gran coraje para vencer la tentación. Para tener valentía es muy importante recurrir a María.

Lo que te quiero decir claramente es que no te dejes aplastar por el temor que podría hacerte olvidar el "busquen primero el Reino de Dios". No puedes recibir otra ayuda que de la fe en Dios; ora entonces, haz orar, porque no hay otro medio.

Sobre todo te recomiendo que conserves la serenidad y la paz; te aseguro que si lo logras no tendrás nada que temer.

Lejos el desaliento. No permitas que el miedo te

empequeñezca el corazón. ¡Coraje en Dios...!

Tampoco por las cosas espirituales debemos tener demasiada ansiedad. Si tuviéramos totalmente la confianza puesta en Dios viviríamos más serenos.

Me parece que cuando una persona recibe de su Confesor la seguridad de que está en Gracia de Dios, debería sentirse con el corazón inundado de alegría y superar así todo temor, porque estas palabras no se dicen por quedar bien.

Hay personas con un corazón pequeño, que viven en constante ansiedad y se desesperan si cometen alguna falta: están ofendiendo la bondad del Señor. Cuando pecamos debemos hacer actos de humildad y de arrepentimiento; pero sin abatirnos, sin confundirnos jamás.

Tenemos que convencernos de que no podemos encontrar tranquilidad por el razonamiento; solamente se encuentra serenidad por el camino de la

obediencia. Dicen los santos que una persona obediente no se ha perdido jamás, y seguramente tú no serás el primero.

Para Dios es lo mismo hacer caer una hoja que crear un mundo. La persona humilde se considera igualmente capaz para lo poco y mucho, no confiando para nada en sí mismo sino totalmente en Dios, tampoco se preocupa por lo que se refiere al servicio divino. Observen lo que dice San Pablo "todo lo puedo con la ayuda de Dios que me da fuerza".

Si caes en alguna falta, aunque sea muy grave (¡Dios te guarde! y te guardará si deseas amarlo siempre), humíllate, arrepíentete, pero con serenidad y con paz, porque este es el modo de obtener misericordia.

Arráigate bien en la humildad, reconociendo que por ti mismo no podrás hacer nada bueno, nada. Pero arráigate profundamente también en la confianza, reconociendo que con la ayuda de Dios serás capaz de hacer todo el bien, todo, todo.

VIRTUDES CRISTIANAS : FLORES DE SANTIDAD

Humildad

¡Oh humildad! Virtud grande y fundamento de todas las virtudes! De ella siempre se habla y sin embargo muchas personas entienden muy poco.

Es la virtud que nos hace conocer nuestra nada frente al todo que es Dios.

Cuanto más perfecta es esta virtud, más se esconde a los ojos de los hombres: además el primer acto de la verdadera humildad es justamente el esconderse, hasta a sí mismo.

Humildad no es creerse capaz de poco o nada: esto podría ser también fruto de una miserable tontería o tibieza: más bien significa creerte capaz de todo con la Gracia de Dios. De esta manera hasta las cosas que parecen grandes a la soberbia humana, van a parecer pequeñas a la humildad cristiana.

Si llegamos a tener la humildad tendremos todas las gracias, todas las virtudes, y seremos queridos por Dios.

La única seguridad que tienen los santos es la de mantenerse humildes: esta es la llave de toda Gracia, especialmente de la perseverancia.

El hombre que conoce verdaderamente su pequeñez, su miseria, su maldad, no podrá menos que llegar al menosprecio de sí mismo que es la base de la humildad.

La humildad más profunda va siempre unida con el reconocimiento más alto y más sublime de Dios. La humildad es la medida de la santidad: quien es más santo es más humilde: por eso María que es la Reina de los santos es también la Reina de los humildes.

Algunos se enfurecen mucho cuando son un poco contrariados: pierden la serenidad, no se quedan en paz, quieren vengarse, al menos de palabras. Esta no es humildad, no es humildad! El humilde está contento también cuando es despreciado; se reconcilia sin dificultad y perdona al que lo ofendió.

La humildad es una virtud tan bella que si no se la posee verdadera se la quiere poseer falsa; como aquellos que queriendo aparentar ser ricos, sin serlo, llevan

encima oro falso.

No existe en la tierra ni libro ni maestro que puedan enseñar la verdadera humildad. Se necesita que la enseñe el Espíritu Santo, y más, que sea Él quien la infunda en el corazón. Recién el alma está capacitada para la verdadera humildad, cuando ha recibido en el corazón la humildad como Gracia.

Por lo que se refiere a la humildad aquellos que la poseen siempre consideran que no la tienen: al contrario quienes no la tienen creen ser humildes.

¡Cuanto se engañan aquellos cristianos que quieren ser apreciados, sin tener una verdadera virtud basada en la humildad!

La humildad debería ser nuestro primer deseo, nuestra principal aspiración.

El primer acto de humildad es pedirle esta virtud a Dios.

Hay que tener mucho cuidado: a veces la soberbia se reviste de las apariencias de la misma humildad.

No debemos tener miedo de rebajarnos demasiado o menospreciarnos, mostrándonos humildes.

La humildad existe siempre proporcionalmente a la santidad.

Humildad y sinceridad: estas dos virtudes van perfectamente de acuerdo; los corazones humildes también son corazones simples y sinceros.

Con el miedo no se alcanza la humildad; es posible en cambio con la oración confiada.

La oración es el medio poderoso para alcanzar la santa humildad. Es verdad que en la práctica el que más reza es más humilde.

La ejercitación de la humildad es siempre un ejercicio de mortificación, por lo tanto una persona humilde es siempre una persona mortificada, especialmente en su interior.

De la humildad nace el espíritu de oración con el cual pedimos a Dios la santa perseverancia para salvarnos.

Siendo la humildad fundamento de todas las virtudes, es también fundamento de la santa virginidad, virtud muy preciosa.

Tendríamos que poder entrar en un corazón bien humilde y sumiso para ver como está inundado de la divina consolación, aun en medio del abandono y desprecio del mundo. Nos convenceríamos entonces que aquel corazón es verdaderamente feliz, en la medida que puede serlo en esta vida, y que no quiere cambiar su felicidad por todas las satisfacciones que le puede ofrecer el mundo.

El primer grado de la humildad es el tener un bajo concepto de sí mismo: el segundo es el elegir para sí las cosas más bajas, más despreciables, más penosas, más molestas. El tercero es soportar los desprecios sin alterarse; más aún, los verdaderos humildes, los perfectos humildes, aman ser despreciados.

El humilde no tiene miedo de hacer el bien, porque apoyado en la fuerza de la gracia divina, cree que la ofendería si dudara de poder realizar lo que se propone. Es el soberbio quien teme, porque sospecha que se va a encontrar con compromisos superiores a su debilidad, porque confía solamente en su fuerza.

La humildad de los santos ha sido siempre amplia, sin dudas, cuanto más ellos eran humildes, más deseaban hacer grandes cosas, sin temores.

De muchas maneras se pueden hacer cosas grandes por Dios. No es necesario gran talento y sabiduría. Muchísimas personas muy simples y pobres de toda ciencia hicieron grandes cosas. Es Dios quien elige a los más débiles y estúpidos según el mundo, para confundir a los sabios y poderosos en su orgullo. Tenemos que cuidarnos de confiar en nuestras fuerzas por más que nos parezca que tenemos capacidades. Toda nuestra confianza tiene que estar puesta en Dios.

Cuando vemos que el mundo nos considera poco, que no nos hace partícipes de sus gracias y que de alguna manera nos rechaza, pensemos que todo esto es natural y, en lugar de dejarnos vencer por la tristeza o atemorizarnos o enfriarnos en el bien, procuremos crecer en la verdadera humildad ante Dios y ante los hombres, conformándonos serenamente en el santo temor de Dios y consolándonos, porque también en esta tierra tendremos una prueba del premio que Dios nos prepara para la otra vida por nuestra fidelidad. El nos canjeará todo sufrimiento exterior con la consolación interior.

No te asustes si te parece que no sabes humillarte, es decir que no sabes hacer actos de humildad; más bien dí y repite: "Señor, dame la humildad, dame la humildad". Esta oración suplirá los otros actos de humildad que no sabes hacer.

Por lo que se refiere a la Gracia de Dios los soberbios son como las montañas, los humildes como los valles. El agua llueve del cielo pero las cimas de las montañas la dejan correr: los valles en cambio la recogen. Así también sobre los soberbios llueve las Gracias de

Dios pero ellos las dejan escapar, mientras que los humildes -aceptándolas y reteniéndolas- las saben hacer fructificar.

La humildad lleva a la salvación a los pecadores; la soberbia hace condenar a los santos.

El orgullo destruye la santidad interior mientras que conserva la exterior.

A los soberbios le ocurre como a quienes se ponen una venda en los ojos: no ven nada más, ni siquiera la venda.

Tampoco los confesores conocen el interior del corazón de los soberbios.

Nuestra soberbia nos hace cometer pecados y después nos los hace olvidar.

Las cimas de las montañas son siempre áridas, porque los arroyos no corren en las cimas. Así los soberbios están siempre faltos de luces y de dones celestiales.

La soberbia es una madre fecunda. La vanagloria, la presunción, la hipocresía, la ambición: son todas hijas de la soberbia.

Medios para sanarse de la soberbia:

1. Pedir a Dios la humildad con la oración y ejercitarla haciendo muchos actos orando.
2. Meditación y lectura espiritual.
3. Examen del corazón.

¿Saben cuales son las personas verdaderamente soberbias? Aquellas que no se dan cuenta para nada de que les falta la humildad. Si se dan cuenta que les falta, quiere decir que algo Dios ya les ha regalado un poco de ella, aunque no la conozcan. Cultiven esta pequeña cantidad manteniendo la confianza y la paz en el corazón, tengan la seguridad que esta crecerá como el Señor quiere.

Es sorprendente ver como el soberbio se compadece de las propias debilidades, las excusa y se las justifica a sí mismo aunque sean las culpas más grandes y más peligrosas. Mientras tanto utiliza todos los medios y precauciones para que esas debilidades queden ocultas y secretas y no lleguen a manchar aquella santidad exterior que a él le gusta ostentar.

Es el momento en que la persona llega a ser el sepulcro blanqueado que es la verdadera definición del hipócrita. Es insana la actitud de encubrir las propias faltas y miserias para que no sean conocidas y así no haya otros testigos de la propia vergüenza y del propio dolor, en lugar de meditar y encontrar la forma de mejorarlas.

Muchas veces los cristianos caen en el pecado de soberbia sin darse cuenta, porque se dejan engañar por el demonio que los hace creerse mejores de lo que son en realidad. Con el poco bien que hacen

creen ser importantes y entonces desprecian a los demás estimándose sólo a sí mismos.

No te desconciertes si experimentas las tentaciones, aun fuertes, de soberbia: porque si el demonio de la soberbia golpea a la puerta de tu corazón quiere decir que hasta ahora no ha entrado. Ora, quédate sereno, porque Dios no permitirá que entre. Por último aspira a aquella confianza tan firme por la cual San Pablo decía: "estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni los Principados, ni las Potencias, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las violencias... podrán jamás separarnos del Amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor" (Rom. 8,38-39).

El esconder el bien que hacemos y usar cautelas y secretos no siempre es humildad o prudencia: muchas veces es el amor propio que teme ser contrariado o pusilanimidad que no sabe vencerlas. Sí, hagamos saber a todo el mundo que queremos el bien, que buscamos el honor del hombre divino y la salud de las almas redimidas por la sangre de Jesucristo.

Obediencia

La obediencia es una gran virtud, pero su valor no es conocido por muchos cristianos, así que no es practicada.

Si queremos averiguar en qué medida la humildad está arraigada en nuestro corazón -siendo una virtud escondida que por sí misma se conoce muy poco- tenemos que mirar como practicamos la obediencia y la sumisión a nuestros mayores y superiores tanto en lo temporal como en lo espiritual. Si nos gusta obedecer y estar sometidos, como corresponde, tenemos uno de los argumentos para pensar que poseemos la santa humildad: si no es así, debemos reconocer que no la tenemos.

El desobediente, por más que haga actos de humildad, por más que declare su humildad... es siempre un soberbio.

La obediencia tiene que estar antes que la mortificación.

Muchas veces cuando los buenos cristianos quieren hacer el bien de su propia voluntad sin depender de la obediencia a su director espiritual, no logran hacer nada; en cambio, cuando humildemente se someten a la obediencia, logran todo con mucha facilidad.

Cuando habla Dios no se debe discutir, no se debe pretender de comprender las razones de sus órdenes: humildemente se debe obedecer.

La primera de todas las devociones debe ser la de someter nuestra voluntad a la del director espiritual. Vale más una acción hecha por obediencia que mil hechas por voluntad propia.

Benignidad

La benignidad es una virtud, la virtud muy propia de Jesús por la cual se caracterizaron todos los santos.

Todos los santos eran muy rigurosos consigo mismos y eran muy benignos con los demás; no se puede dudar de que esta sea una característica de la verdadera santidad.

Una larga experiencia me ha demostrado siempre que los rigurosos con los demás son generalmente demasiado benignos con ellos mismos.

El rigor tanto en el confesionario cuanto en la predicación no hace otra cosa que espantar a los buenos y alejar de la conversión a los malos.

Mansedumbre

Así como es cierto que un pájaro sin alas no puede volar, que un velero sin viento no puede navegar, o un hombre sin ojos no puede ver, de la misma manera es cierto que sin mansedumbre no se pueden soportar con mérito las adversidades.

Es muy fácil practicar la mansedumbre cuando no existen motivos para alterarse: pero entonces no hay virtud. Si fuera virtud estaría también en las víboras: de hecho ellas también están quietas cuando nadie las molesta. Si somos cristianos coherentes debemos recibir las injurias con paz y perdonarlas con mansedumbre aunque pudiéramos vengarlas impunemente.

Aquel que en las cosas lícitas y convenientes no sabe aceptar la contrariedad, constantemente tiene motivos para alterarse, cuestionar, pelear; así pierde la paz interior, que es el bien más grande del hombre, y fácilmente se lastima la caridad porque se pasa a las injurias, a la ira, a la venganza.

El "dejar pasar" a tiempo debido es cosa importantísima para conservar la paz del corazón y la caridad fraterna.

La ira es una pasión que se puede comparar con el amor, que es malo sólo cuando es desordenado.

Sería muy importante que los cristianos supieran mostrarse alterados como los santos cuando ven ofendido el nombre de Dios, cuando oyen hablar indecentemente y cuando ven escándalos.

Castidad

Castidad virginal: esta virtud es la que forma santos.

Verdaderamente afortunados los castos. Ellos son los Ángeles de la tierra, son dignos de la compañía de los Ángeles del cielo y de seguir, cantando, al Cordero inmaculado.

Aquellos que abrazan el estado de perfecta castidad son los familiares de Jesucristo en la tierra como los Ángeles son sus familiares en el cielo.

Estamos seguros que practicaremos con facilidad la perfecta castidad como cualquier otra virtud y quizás con mayor perfección. Es un hecho que muchos encuentran más fácil practicar la perfecta castidad que la paciencia, la humildad, etc... en cambio muchas veces faltan en estas virtudes y nunca o casi nunca caen en las faltas de castidad. No tengamos miedo entonces de excesivas dificultades.

La castidad es la virtud que resulta posible practicarla para toda persona mortificada; de modo que las personas que mejor se ejercitan en la mortificación interior y exterior están más seguras de conservar la santa castidad y de poseerla más clara.

Las personas que se comprometen a vivir en castidad deben ser muy sensibles a las motivaciones de la caridad; de la misma manera deben conservarse insensibles -casi como si fueran de madera o de piedra- a las sensaciones de todo amor relacionado con lo físico, que nazca de la atracción y belleza de alguna creatura humana, aún cuando este amor pueda parecer inocente y puro.

El ocio es maestro de maldad, dice el Espíritu Santo. Ninguna persona podrá conservar íntegra su virginidad si no ama la ocupación y el trabajo.

Para dirigir a una persona que se pone por el camino de una vida de castidad haría falta un Ángel del Paraíso, Dios nos da los Angeles custodios, pero como directores nos dejó a sus ministros. Y puesto que nuestro director debe ser un hombre, al menos busquemos el más puro que podamos encontrar, con una conducta irreprochable y que sea todo de Dios.

Si somos castos, formaremos santos.

Es triste el hecho que del bien de la castidad no se hable nunca o casi nunca, muchísimos aplican a la virtud lo que San Pablo aplicaba al vicio: "ni siquiera se hable entre vosotros"; sin embargo casi todos los Santos Padres no solo hablaban de ella constantemente al pueblo, sino que además escribieron libros al respecto.

Habla siempre con elogios de la santa castidad y, cuando encuentras jóvenes bien dispuestos, procura que sean iluminados acerca del valor y la felicidad de

la vida casta. Sobre todo procura que participen frecuentemente de la Eucaristía, que es un medio muy válido para este fin.

Los jóvenes que se deciden a vivir castamente tienen la mejor disposición para el sacerdocio.

Promoviendo la perfecta castidad se promueven todas las virtudes en su mayor perfección: no hay en la tierra instrumento más apto que la castidad para conseguir todas las virtudes en su perfección.

De hecho se ve que los santos - generalmente hablando- son los productos de la virginidad y del celibato, es decir en último análisis, de la Comunión frecuente y diaria, porque ella produce esta especie de encanto.

Lujuria: esta pasión es fuego y nosotros somos paja: tenemos mucha facilidad para incendiarnos y caer en la ruina.

Quien tiene encendido en su corazón este fuego se encuentra con el entendimiento oscurecido y las verdades de la fe le parecen casi un cuento.

Mortificación

En modo particular te recomiendo la mortificación, porque esta es sumamente necesaria para obtener el amor de Dios y el fervor en la oración.

La virtud que influye mucho en la formación de los santos es la mortificación, porque combate directamente contra nuestro amor propio del cual procede toda miseria y todo pecado.

Si no nos mortificamos, podríamos hacer milagros, pero no estaríamos nunca dispuestos a recibir a Jesús en nuestro corazón.

Sin la mortificación no tengas la esperanza de mantener puro tu corazón; no tengas la esperanza de saber amar y saber rezarle a Jesús como corresponde.

Si no nos mortificamos perdemos el gusto de las cosas espirituales así que es imposible que sintamos el sabor de las cosas de Dios; es imposible que lleguemos a tener la verdadera sabiduría.

La mortificación no es nada áspero, más allá del nombre, porque ella es la que mantiene la paz del corazón, la seguridad de la conciencia.

Algunos practican de vez en cuando la mortificación: algún ayuno, alguna privación de un gusto o de una comodidad, pero después no saben ejercitar una virtud sin duda igualmente necesaria, como es la uniformidad a la voluntad de Dios.

Cada sacrificio, aunque sea pequeño, llega a ser grande a los ojos de Dios si está hecho por su amor. El lo compensa siempre con algún favor especial: y será en

proporción a nuestro sacrificio entregado.

Pobreza - Limosna – Avaricia

Una cosa es ser pobres otra es tener la virtud de la pobreza. Son muchos los pobres que no tienen esta virtud y hay ricos que la poseen. Jesús quiso ser pobre; pobre fue María; pobres fueron los Apóstoles, pobres cuantos quisieron seguir más perfectamente el Evangelio. Esta reflexión es suficiente para hacer pasar vergüenza a cualquier cristiano que se gloríe de ser rico. Sí, porque la virtud consiste en la capacidad de desprendimiento.

La santa pobreza y la amable simpleza son dos virtudes que nos hacen muy gratos a Jesucristo: cuando el mundo nos desprecia más, entonces somos más estimados por Dios.

Frente a Dios somos todos iguales: y es más, mientras que en la S. Escritura no se lee nunca que frente a Dios sea honrado el nombre del rico, se lee en cambio que es honrado el nombre del pobre.

Recuerda que los pobres están confiados a Dios.

Toca el corazón de Dios quien toca a los pobres.
¡Cuidado!

El corazón del rico, apegado a los bienes de la tierra es como un lugar de espinas donde la semilla del Evangelio, después que ha empezado a brotar y crecer, es ahogada.

Avaricia: es un vicio que se descubre en todos los demás y no lo conocemos en nosotros mismos.

La máscara más común de la avaricia es la de la economía.

El avaro quiere todo para sí y nada para Dios.

Una trampa se la mantiene escondida porque si está a la vista cualquiera la puede evitar. El demonio pone la trampa de la avaricia bajo la máscara de la necesidad, de la conveniencia, de la economía.

Observa si el amor al dinero te hace faltar a tus deberes. Si por la ganancia dejas de santificar la fiesta y de recibir los Sacramentos, si descuidas la educación de tus hijos, si no te sientes motivado a hacer limosnas según tu posibilidad... estos son los signos que eres avaro.

El vicio del interés es aquello que dio inicio a la Pasión de Jesús.

LA REINA DE LA SANTIDAD

María Santísima

María después de Jesucristo, es el gran beneficio, el gran don de amor que el Padre divino dio al mundo.

María por sí sola honra a la Santísima Trinidad más que todos los santos y Angeles.

Los santos demuestran su amor a Dios con frecuentes actos de caridad: en cambio María lo amó con un solo acto, incesante.

La devoción a María Santísima es un signo de predestinación; quiere decir que la persona devota de María tiene una razón especial de confiar en que no le va a faltar el Paraíso. Notamos también que las almas, se perfeccionan en la devoción a María en la medida que crecen en las virtudes cristianas.

Para María la alegría más preciosa y más querida en su corazón es la gracia de no haber cometido jamás algún pecado, tampoco el original. Por lo cual el obsequio más grato a Ella es el mantenerse lo más limpio posible de toda mancha de pecado.

El amor es la medida del dolor. Habría que conocer cuanto María amaba a su Hijo para tener una idea de su dolor a los pies de la cruz.

Cuando la Iglesia necesita de una defensa recurre a Ella con confianza segura. Lo que María es en la Iglesia triunfante -después de Dios es el esplendor y la gloria del Paraíso- lo es también en la tierra, porque la devoción a la Virgen María es el consuelo, el esplendor, la gloria de la Iglesia militante.

Así como una madre tierna seca el frío sudor de la agonía y enjuga las lágrimas del querido hijo que muere, así María, la más tierna de las madres, mitiga el dolor del corazón, consuela nuestras aflicciones.

Agitaciones continuas, y más, incesantes: ¿acaso no es así toda nuestra vida? Cuando las olas de la tormenta de la vida son más fuertes es precisamente cuando encontramos un gran alivio al dirigir la mirada a esta amable estrella que es María.

La verdadera devoción implica amistad y la amistad exige semejanza entre personas amigas. Por lo tanto el medio mejor para llegar a ser devotos y amigos de

María es aquello de llegar a ser semejantes a Ella con una vida pura y casta, lo mejor posible.

La devoción a María es la protección de la adolescencia, la defensa de la juventud; es el sostén, el consuelo de la edad adulta y de la más avanzada vejez. La devoción a María es consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, refugio de los abandonados, honor y gloria del pueblo cristiano.

Madres, hagan todo lo posible para que vuestros hijos crezcan devotos de la Virgen María. Muéstrenles a tiempo esta Madre celestial: Ella se los mantendrá respetuosos y cariñosos, inclusive hacia ustedes.

Apenas empiezas a conocer a María Santísima: con todo el amor entrégale también tu corazón. Este ofrecimiento es bueno que lo repitas varias veces, de vez en cuando, porque esto le agrada mucho a la Virgen, y le agrada porque despierta en nosotros el amor filial y mantiene nuestro corazón ajeno de los apegos desordenados a las cosas de este mundo.

Si amas a María te debes caracterizar por dos virtudes: la primera es la obediencia, la otra es la santa pureza.

La inocencia es el primer amor del corazón de María.

Nos damos cuenta que los más sinceros y los más tiernos devotos de la Virgen son los más devotos del Santísimo Sacramento. Entonces comulguen seguido, lo más seguido que puedan, aún todos los días preparándose a esto con toda la pureza posible del corazón. De esta forma crecerán día a día -y crecerán mucho- en el amor a Jesús y a María.

Hay muchos cristianos que sienten escrúpulos si abandonan el rezo del santo Rosario; pero en su impaciencia lo rezan sin ocupar el tiempo necesario, el que corresponde. De modo que lo apuran de tal forma que llega a ser una oración sacudida, no grata a Dios y a la Virgen, más bien desagradable porque las obras de Dios hechas con negligencia no pueden de ninguna manera ser bien recibidas por la Santísima Virgen y mucho menos por nuestro Señor.

El amor a María es santo y aquellos que la aman no quieren quedar solos en amarla, sino que quisieran ver a todo el mundo encendido e imbuido totalmente del amor de María.

LA MADRE DE LOS SANTOS

La Santa Iglesia - El Papa

Si pudiéramos entender el amor que se merece la santa Iglesia, cada uno de nosotros diría, como San Juan Crisóstomo: "yo la amo, yo la amo, la amo con locura".

Amemos la santa Iglesia, amémosla mucho, porque de esta manera amamos a Jesús.

¡Si supiéramos cuánto ama Jesús a su Iglesia! La ha santificado con su sangre, la quiere gloriosa, sin mancha, sin arruga o imperfección... La santa Iglesia amada por eso por Jesús con un amor indecible ¿acaso no merece nuestro amor? Y más, ¿no tendremos la necesidad de amarla si queremos amar a Jesús?

Evidentemente sería imposible amar a Jesús sin amar a la Iglesia, su queridísima esposa.

Hay que tener cuidado: aquí se habla de la verdadera Iglesia de Jesucristo, por Él fundada sobre San Pedro, el Romano Pontífice. Esta es la Iglesia verdaderamente católica, extendida a todos los tiempos y a todos los lugares, es la comunidad de los fieles que creen las mismas verdades, que participan de los mismos Sacramentos, que están sometidos a sus legítimos Pastores, especialmente al Pastor universal: el Pontífice. Esta es la Iglesia, verdadera esposa de Jesús, que debemos amar con Él.

No entristezcamos a la Iglesia mostrándonos desamorados hacia Ella, indiferentes respecto a los intereses de su gloria, callándonos cobardemente por respeto humano, cuando sus enemigos hablan en contra de Ella o, peor todavía, haciendo eco a sus malignas habladurías cuando hablan mal de su Jefe el Romano Pontífice, de sus Obispos, de sus Sacerdotes y Religiosos, o cuando desprecian sus Ritos, sus Sacramentos, sus prácticas.

Alegremos a la Iglesia, correspondiendo a sus invitaciones amorosas y a sus maternas exhortaciones, promoviendo sus santas instituciones, comprometiéndonos en todo lo que puede contribuir a su honor y prosperidad.

Tenemos que obedecer a la Iglesia. Ella tiene la autoridad de mandar: la ha recibido de Jesús mismo.

Esposa de Jesús, Ella es nuestra Madre y los hijos deben obedecer a la Madre: si no le obedecen, ciertamente no la aman. Es muy importante entonces obedecer a la Iglesia, observando todas sus leyes, respetando todos sus decretos.

Cuando escuchamos la voz de la Iglesia, hagamos cuenta que escuchamos la voz de Jesús; dispongámonos a responder siempre a toda orden de Ella con un acto de humilde sumisión.

Para un buen cristiano no puede haber norma más segura y mejor que seguir el espíritu de la Iglesia que es el espíritu de Jesucristo.

Quiten la Santa Sede: ¿y qué queda de la Iglesia? Un Pueblo disperso, sin cabeza, sin fe, sin moral.

Mira: en la Iglesia, con el Papa, se hace todo, porque El tiene toda la autoridad de Jesús; por eso mismo sin el Papa no se hace nada. En consecuencia yo nuevamente te exhorto y te conjuro que permanezcas bien unido al Papa.

Los cristianos son como barquitos... la única guía y dirección para ellos es la estrella que resplandece sobre el Vaticano: el Papa. Si no miramos a esta estrella es imposible que tengamos aquella feliz navegación que nos conduce a la eterna salvación.

Nuestro primer compromiso debe ser el de estar siempre perfectamente unidos al Papa. En consecuencia, que tu doctrina esté siempre conforme a la doctrina del Pontífice. Lo que El acepta por verdadero, acéptalo tú también; lo que rechaza como falso, recházalo tú también. No te dejes ilusionar por ningún nombre, ninguna autoridad; tu doctrina sea únicamente la del Romano Pontífice.

¡Oh Vaticano, ante ti me postro y beso tus santas laderas! Yo no alejaré nunca mis ojos de ti. Tú eres el monte del cual espero toda ayuda, tú me das luz, me das ánimo y esperanza.

¡Oh mis hermanos, qué grande es el odio de nuestros enemigos contra Roma! Igualmente sea grande nuestro amor por Ella. Ella es el corazón del cristianismo y nosotros, sus miembros, no podemos vivir más que de su sangre: ¡apreciemos y defendamos nuestro corazón!

Nuestra fe sea la romana, las prácticas romanas sean las nuestras, el nombre del cual nos gloriamos sea el de romanos. Gloriémonos fuertemente de este nombre: si nuestros enemigos nos llaman así por desprecio, sepamos compadecer su mala fe o ignorancia.

¡Oh santa Iglesia! ¡Oh bella Madre de los Hijos de Dios!
¡Oh Paraíso adelantado de las almas elegidas! ¡Oh

esposa adorable del Salvador: son grandes las penas y dolores que debes sufrir ahora en este mundo enemigo! Nosotros estamos aquí para ti.

No rehusaremos dar nuestros sudores, nuestra sangre, en tu defensa. Para nosotros que tenemos la gracia de contemplar tan de cerca tu belleza, eres la alegría de nuestro corazón.

APOSTOLADO Y SANTIDAD

Apostolado

Un corazón que ama ardientemente al Señor no puede conformarse simplemente con el afecto.

El amor verdadero jamás puede ser ocioso.

Un amor que no se ponga a prueba de hecho sería un amor falso y mentiroso. Y así sería nuestro amor por las almas si no asumimos la responsabilidad de manifestarlo con obras, haciendo el bien.

Sácate de encima la pereza, elimina la desidia. Es una gran vergüenza que mientras los enemigos de Dios son tan activos para combatir la santa Religión, nosotros somos tan fríos para defenderla: nosotros, sus amigos.

Muchas cosas no se pueden hacer porque no se quiere.

Dios encuentra su mayor gusto no en la mayor grandeza y santidad de las obras consideradas en sí mismas, sino en la uniformidad que tengan con su santísima Voluntad. Seguramente no es Voluntad suya que sus creaturas hagan siempre obras muy grandes y santas, como cuando Dios pide el sacrificio de nuestra vida en ocasión del martirio: a veces quizás sean mediocres, como cuando nos manda que vencemos los deseos de nuestras pasiones malas: o incluso quizás sean muy pequeñas, como cuando según las circunstancias, quiere de nosotros alguna buena inspiración o alguna devota jaculatoria.

Si quieres que tengan buen resultado las obras de tu libre elección, preocúpate por ser responsable en las obras que son de tu deber. Si eres negligente en estas no verás prosperar aquellas otras, porque te faltará la bendición de Dios que es necesaria para el buen éxito de todas las cosas.

En el ejercicio de todas las virtudes, en las buenas obras que tienes oportunidad de hacer, no mires jamás si estás obligado o no: mira en cambio si la cosa le gusta a Dios; y encontrando que le agrada, aunque es cierto que no estás obligado a hacerla, hazla inmediatamente y con alegría, considerándote afortunado de poder dar así un poco de consuelo a nuestro Señor.

Quien coopera en liberar las almas del pecado realiza la

obra más bella, y más santa, que se puede hacer.

No se debe jamás despreciar el bien aunque sea poco y de poca duración; las obras buenas son perlas del Paraíso y en este aspecto hasta los detalles son preciosos.

En el mundo se hace mucho mal, pero también se hace mucho bien... Es misericordia de Dios que, multiplicándose tanto las instituciones malas, también se multiplican las buenas.

Cuando en hacer el bien uno siente menos gusto tiene mayor mérito.

El bien siempre tiene sus dificultades, que se vencen con la ayuda de Dios. Y Dios permite que las tengamos porque, vencéndolas, tenemos más méritos. Para que te salga bien algo que emprendiste procura que no le falte este triple fundamento: buena intención, oración y consejo. La buena intención es necesaria para que Dios apruebe tu obra; la oración para que no te falten las gracias que necesitas para este fin y que Dios no acostumbra conceder sino en la oración; el consejo, finalmente, porque la humildad quiere que dudemos de nuestros discernimientos y la prudencia quiere que los pongamos al examen de personas capacitadas para analizar la justa relación entre oportunidad, medios y fin.

Si en lo que estas emprendiendo tienes buena intención, usas la oración y el consejo, ten seguridad que Dios jamás permitirá que te salgan mal.

No importa que el bien se haga por medio de ti en persona o indirectamente por medio de otro. Procurarás obrar más por medio de otros que en forma directa, para quitar dentro de lo posible todo motivo de envidia e irritación. Quién trabaja solo no puede hacer gran bien. Cada vez que puedes hacer el bien procura que otro te ayude y actúe junto contigo. De esta manera se trabajará mejor, se evitarán pasos imprudentes, y tendrás no sólo el mérito del bien que harás tú, sino también de todo aquello que por tu intermedio, podrán hacer otros.

Puedes obrar muy sabiamente si te dedicas a hacer aquel bien que otros no hacen. Interésate menos, entonces, por hacer aquello que de cualquier forma será hecho, aunque no lo hagas tú: en cambio dedica

el mayor empeño para hacer aquello que nadie hará si tú no lo haces.

Son pocas las personas que quieren hacer el bien haciendo algún aporte en dinero. La excusa 'yo no puedo gastar' es de mucho daño, porque no se puede hacer un gran bien cuando no se quieren hacer sacrificios en dinero.

Tenemos que convencernos de la superficialidad de esta miserable objeción de la 'dificultad de los tiempos': esta excusa nació para acariciar la desidia de los perezosos de todos los tiempos y para impedir o para atrasar, en todos los tiempos, todo bien.

Si los tiempos son difíciles, es necesario multiplicar los medios y los remedios para alcanzar el bien.

La virtud de la prudencia no consiste en la omisión sino en la elección de medios eficaces para conseguir el fin. No hay que dejarse atemorizar o frenar por comentarios, censuras... que nunca dejan de molestar a cualquiera que empiece alguna obra buena, por el solo hecho que tiene el aire de novedad.

Es verdadera prudencia hacer el bien y dejar hacer a otros. Cuando se nos ocurre o nos plantean la posibilidad de hacer alguna obra, por más ardua o extraordinaria que pueda ser: que el miedo no sea el único motivo para dejar de hacerla.

Es cosa buena declararle a Dios que tenemos un corazón y una disponibilidad capaz de hacer, para su servicio, todo lo que El propone y espera de nosotros, aunque sea grande y difícil, como han hecho los santos. Pidámosle que nos haga conocer su Voluntad; sepamos pedir consejo a hombres de Dios que nos puedan enseñar la prudencia del Evangelio, y luego si con la oración y los consejos discernimos que Dios quiere de nosotros determinada obra, aunque parezca difícil, ardua, extraordinaria, dispongámonos a ella.

Nuestro Dios es muy grande: ¿Tenemos nosotros el coraje solamente para hacer pequeñas cosas? ¡Cuánta menos cobarde humildad existiría, hermanos míos, si hubiese más caridad!

Como San Juan Bautista, el cristiano no debe ser solamente una linterna que brilla, sino una luz que resplandece; para que con sus buenos ejemplos, con sus buenos consejos, alumbre a los ciegos pecadores que duermen en las tinieblas de sus pecados.

Como llevar una vida alegre

Teniendo el cuidado de tomar todas las cosas con alegría de la mano de Dios, convencidos de que las ordena todas para nuestro bien y viviendo siempre en su gracia, nosotros podemos llevar sin duda una vida

siempre alegre.

San Pablo, desde el momento en que tenía siempre esta inquietud, estaba obligado a decir: "sobreadunado de alegría en toda tribulación". Esto es verdaderamente vivir alegre.

Aquellos que viven estudiando como ser verdaderamente felices, sin darse cuenta se van llenando de infelicidad.

De hecho las tribulaciones nos acompañan en esta vida como la sombra al cuerpo que la produce: es imposible alejarla de nosotros.

Si quieres llevar una vida siempre alegre en primer lugar es necesario que no tengas la conciencia manchada por el pecado. En segundo lugar no debes aspirar a ser feliz en este mundo. Tomemos de las manos de Dios también los sufrimientos que nos provengan de los hombres y su maldad, convencidos de que la misma mano de Dios ordena y dirige todo para nuestro bien. Por último, cuidate del considerar tus malestares como originados por la casualidad o por los hombres: reconócelo como provenientes de Dios que los quiere o los permite.

Cuatro recuerdos finales

Bien sabes que la obra de santificación -generalmente hablando- no es obra de un momento: son pocas las almas que Dios ha hecho santas de golpe.

Por lo general los santos se hacen poco a poco, pasando por muchas miserias, temores, angustias y hasta sustos y tentaciones.

Pero paciencia por todo esto: la gracia de la santidad es una gracia tan grande que el precio no puede resultar demasiado caro: si tuvieras que sufrir también todos los dolores y todas las penas del purgatorio, hasta el fin del mundo, todavía sería poco.

Entendamos bien esta verdad: nosotros solos, no somos nada, y no somos capaces de hacer nada, pero con la Gracia de Dios somos algo, y capaces de todo.

Muchos se desesperan por no poder llegar a la perfección cristiana: es porque proyectan o están construyendo sobre sus fuerzas y no sobre las fuerzas de la Gracia de Dios.

Vigilemos con cuidado para que no nos falte la paciencia, la aceptación y la constancia en ninguna ocasión de sufrimiento que se presente.

De este modo seremos verdaderos cristianos, imitadores y amantes de nuestro Señor Jesús.

Dios prometió el premio no a quien haya empezado el camino, sino a quien haya perseverado.

EL ARTE DE HACERNOS SANTOS

Que quiere decir hacernos santos

En sentido estricto hacernos santos quiere decir ponernos en gracia de Dios: es entonces que el cristiano adquiere la santidad y con ella es santo; es decir, sale del estado de pecado y adquiere la justificación, o sea, la Gracia santificante. Esta se llama así porque santifica a los justos que la poseen.

El hacerse santos de esta forma es cosa absolutamente necesaria para todos los pecadores porque de otra manera están en estado de condenación: si no se ponen en estado de Gracia de Dios es imposible que se salven.

¡Cuánto hay que llorar, que un número tan grande de cristianos no reflexiona sobre esta terrible verdad y no vive en Gracia de Dios! Piénsalo bien, tú que lees, si acaso estuvieras en este estado: busca enseguida cambiar la situación de tu alma con una buena confesión; termina pronto con tu alejamiento de Dios antes que Él termine con el castigo eterno.

Pero yo no quiero hablar de 'hacernos santos' en el sentido riguroso; yo quiero hablar de 'hacernos santos' según se entiende comúnmente. Por eso digo que esto significa entregarnos con todo el corazón al servicio de Dios, evitando todo pecado grave y aun venial plenamente advertido, y también practicando muchas obras buenas según las obligaciones del propio estado.

Entonces estas son las cosas necesarias para 'hacerse santos': es necesario que cueste lo que cueste te cuides de caer en pecado mortal, estando dispuesto a perder cualquier cosa, antes que perder la Gracia de Dios.

Asimismo es necesario que te cuides de caer en pecado venial: aunque este por sí mismo no hace perder la Gracia de Dios y su amor, sin embargo nos enfría en ese amor, nos dispone a caer en pecado mortal y hace que en muchas cosas Dios sea mal servido por nosotros.

Al mismo tiempo es necesario que te ejercites en las buenas obras, según tu posibilidad y según te lo permita tu condición y tu estado.

Por eso, si tienes tiempo y oportunidad de recibir con frecuencia los Sacramentos, participar de la Santa Misa aun en día de semana, quedarte en el templo en adoración al Santísimo Sacramento, leer vidas de santos, hacer con método meditación devota -y se podría seguir con otras obras buenas- según los consejos y bajo la dirección de tu padre espiritual, tú debes ejercitarte en esto.

Si para estas obras no tienes tiempo y oportunidad igualmente puedes llegar a ser santo omitiéndolas: pero es indispensable que cumplas con todo lo necesario para ser cristiano y algo más, en la medida de tus posibilidades.

Seguramente puedes hacer el bien, un poco más de lo estrictamente mandado: es imposible que puedas comulgar exclusivamente en Pascua, que puedas participar de la Misa solamente en las fiestas, etc... Cada uno, si quiere, en un momento cualquiera, de una u otra forma, puede hacer algún bien, más de lo que está obligado.

Esto acertadamente es lo que hace falta para hacerse santos: evitar con gran precaución todo mal, que es el pecado, y, lo mejor que se pueda, hacer el bien, que es el ejercicio de las buenas obras. Esta doctrina está sintetizada en aquellas palabras del santo Profeta David "Evita el mal y haz el bien".

Entonces es cosa simple y hasta fácil el 'hacernos santos'. Para llegar a ser santo no hace falta ni obrar milagros, ni retirarse al desierto, ni hacer penitencias extraordinarias, y tampoco hacer otras cosas que se leen en las vidas de los santos que en substancia no son necesarias a la santidad. Se puede ser santo, y en verdad muchos lo son, sin ninguna de estas cosas extraordinarias. Solamente cuídate mucho del pecado y haz, lo mejor que puedas, obras buenas.

Importancia de hacernos santos

Ninguna persona de este mundo puede decir, ni siquiera solo imaginar, qué importante es el hacernos santos; porque nadie puede decir o imaginar lo que significa dar alegría al corazón de Dios y tener méritos para

experimentar su amor en forma más amplia. Sin embargo podemos decir y entender en forma parcial pero suficiente algo de esto, para motivarnos firmemente a ser santos.

Si nos hacemos santos en la forma ya explicada, somos recibidos en el número de los más queridos, los más amados amigos de Jesús. Si es importante ser amigo de Jesús, es mucho mejor estar en el número de los más queridos, de los más privilegiados amigos suyos.

Hacia sus amigos más queridos y amados el Señor usa una Providencia particular, en los dones temporales y espirituales que necesitan, porque el verdadero amigo se compromete siempre en beneficiar en forma singular al amigo más querido. Razón por la cual, si nos hacemos santos y somos recibidos entre el número de los más queridos y amados amigos de Dios, también seremos defendidos y cuidados con especial providencia de los males de este mundo; seremos ayudados con más abundancia en nuestras necesidades, y, lo más importante, seremos más fortalecidos contra nuestros enemigos espirituales, mejor cuidados contra el pecado y gozaremos de una gran abundancia de luces e inspiraciones de Dios; seremos enriquecidos de las más privilegiadas virtudes y nuestro corazón estará repleto de consolaciones celestiales que nos harán vivir en una continua paz y en santa alegría.

¡Qué importante es 'hacernos santos'!. Tendrían que decirlo aquellas almas afortunadas que ya han llegado: ellas podrían decir cosas tan grandes y tan bellas que podrían enamorar hasta a los más perezosos. Pero ellas nos dicen que nos pongamos con firmeza en el compromiso de 'hacernos santos' y entonces experimentaremos y entenderemos mejor que importante es llegar a serlo.

Importancia de hacemos santos pronto

Cuando estamos seguros de que no nos va a faltar el tiempo para hacer una cosa de gran importancia, tranquilamente la podremos postergar, pensando que en algún momento la haremos. Pero cuando el tiempo podría faltarnos, y faltar de un momento a otro, no es prudente postergar una obra: es mejor hacerla enseguida.

El tiempo de 'hacernos santos' puede faltarnos de un momento a otro, pudiendo llegar la muerte que nos hace pasar al mundo definitivo donde no hay más tiempo para santificarnos. En la vida definitiva entran los santos, pero los ya realizados, no los que todavía están por decidirse.

Necias aquellas personas que siempre dicen ¡haremos, haremos! ¿Cuándo harán ustedes? ¿De aquí a un año? ¿Pero estarán todavía en este mundo? ¿Qué saben?.

Si ya estuvieran en la otra vida no podrían hacer nada más: el asunto estaría definido por la eternidad. ¿Quién les asegura un mes de vida? ¿Quién asegura inclusive menos? Necias las personas que dicen ¡haremos, haremos! Las personas sabias y llenas de juicio son aquellas que dicen: ¡hagamos, hagamos en seguida!, pensando que puede faltarle el tiempo para hacer más adelante.

Entonces es importante decidimos a realizar cuanto antes, una obra que importa tanto, como es la de 'hacernos santos'.

Primer medio para santificarnos

Si hemos decidido hacemos santos y pronto, el primer medio para esto es hacer a Dios un ofrecimiento total de nosotros mismos. Esto es lo que voy a explicar claramente para que sea entendido por todos. ¡Felices los que lo entienden y lo practican!

Para que lleguemos a ser santos son necesarias dos cosas: la Gracia de Dios y nuestra voluntad. Si Dios no nos diera la Gracia sería imposible llegar a ser santos, sería igualmente imposible si no quisiéramos corresponder a esta Gracia porque Dios no hace santos a la fuerza.

El primero de estos medios, es decir la Gracia de Dios, no falta nunca, porque Él la da a todos. Muchas veces falta la segunda condición, es decir nuestra voluntad, porque en nuestra debilidad, en nuestro amor desordenado a nosotros mismos y a las cosas de este mundo, tenemos una voluntad contraria y enemiga de la santidad, sea en parte o totalmente, mientras que permanece esta voluntad contraria a la santidad es imposible llegar a ser santos.

Entonces es necesario destruir esta contrariedad y esta enemistad de nuestra voluntad, quitando todo apego desordenado que tenemos a nosotros mismos y a las cosas de este mundo: este apego desordenado se quita con el ofrecimiento total que nosotros hacemos a Dios de nosotros mismos y de todas nuestras cosas.

Lo hacemos de este manera: nos ponemos frente a Dios y le ofrecemos humildemente todo lo que somos, lo que tenemos en este mundo, para que Dios haga todo lo que quiere, con el único deseo de amarlo perfectamente y de darle el mayor gusto posible. Presentamos, en ofrecimiento a Dios el alma con sus facultades: la memoria, el entendimiento, la voluntad; el cuerpo, las fuerzas, la salud, la vida; todas las cosas, dinero, bienes, pocos o muchos que sean; el honor, la reputación, nuestros cargos, ocupaciones, profesión, tareas, y cualquier otra cosa que podamos tener, poniendo todo en sus santísimas y paternas manos. Le rogamos que haga de nosotros y de nuestras cosas como y cuanto mejor considere, pedimos solamente la

gracia de amarlo con todo el corazón, para cumplir perfectamente y de una manera total su santísima Voluntad, para agradecerle únicamente a Él.

Podemos utilizar estas palabras: 'Señor, yo pongo en tus manos todo mí ser: el alma, el cuerpo, la salud y la vida y todo cuanto me has dado en este mundo, sin reservar nada para mí: de mí y de mis cosas haz Tú lo que quieres: yo no quiero otra cosa que tu Amor, tu Gracia y tu voluntad'.

A través de este ofrecimiento el cristiano se deshace, se desvincula de todo afecto desordenado que pueda tener a sí mismo y a las cosas, y por eso quita de sí todo apego desordenado a la propia voluntad.

Podremos pensar que una cosa es decir y otra es hacer, que este ofrecimiento será fácil hacerlo de palabras, pero que de hecho es mucho más difícil y que muy pocos lo podrán vivir en la práctica; que muchos dirán 'ofrezco, renuncio', muy pocos ofrecerán y renunciarán de todo corazón a todo apego desordenado a sí mismos y a las cosas.

Sin embargo hay que notar que el cristiano comienza a hacer este ofrecimiento con la ayuda de la Gracia de Dios, sin la cual es imposible concebir el mínimo buen pensamiento; y esta Gracia de Dios, que lleva a empezar, es la misma que hace cumplir y perfeccionar la entrega y que convierte a esta en eficaz y fructífera al practicarla.

La gracia de Dios actúa con mayor fuerza y virtud, en la medida que encuentra en nosotros menos obstáculos, es decir menor amor propio y apegos terrenales. No cabe duda que los obstáculos van desapareciendo en la medida que un cristiano se esfuerza para liberarse completamente.

Es claro que cuando el cristiano, con la ayuda de la Gracia, hace este ofrecimiento de la mejor manera, al mismo tiempo está poniendo toda su voluntad para liberarse de cuanto puede obstaculizar la Gracia que quiere perfeccionar la obra ya empezada. Por eso la Gracia de Dios no puede encontrar un corazón mejor dispuesto a sus inspiraciones, a sus luces, a sus motivaciones, que un corazón que pone todo de sí mismo para hacer a Dios una entrega total y sincera.

Este ofrecimiento no hay que hacerlo una sola vez, hay que repetirlo con cierta frecuencia porque es de mucho mérito y de agrado para el Señor; es el acto de mayor mérito y que más agrada a Dios, porque es el acto más perfecto de conformidad con la divina Voluntad: y en esto consiste la perfección del Amor. Cuanto más frecuentemente se repite esta entrega tanto mejor se toma el hábito, se hace con mayor fervor y caridad y el cristiano queda como en un estado de habitual ofrecimiento a Dios de sí mismo y de sus cosas. Este es el estado más sereno, más pacífico, de la mayor unión con Dios, que un alma puede tener en este mundo.

Correspondencia a las buenas inspiraciones

El fruto inmediato de este ofrecimiento será que el Señor nos dará todas las buenas inspiraciones necesarias para conocer aquello que debemos hacer en particular, para empezar y después continuar la obra de nuestra santificación. Dios no quiere las mismas cosas de parte de todos, tampoco conduce a todas las almas a la santidad por el mismo camino: más allá del cumplimiento de sus preceptos iguales para todos, quiere diversidad de condiciones y ocupaciones. Según esta variedad quiere también diversidad en la calidad y en la forma de las obras que se pueden realizar.

Por eso Dios envía a cada uno inspiraciones necesarias y oportunas al fin y a los designios que su Providencia tiene sobre él. A estas buenas inspiraciones es necesario corresponder con fidelidad, ya que el fruto de su Gracia depende de esta correspondencia.

Las inspiraciones son de dos tipos: algunas se conocen por sí mismas y claramente como inspiraciones de Dios, por ejemplo el sentirse movidos a pedir con la oración las gracias necesarias y la perseverancia en hacer el bien, las inspiraciones de corregirnos del pecado, no solo graves, sino también de aquellos leves plenamente advertidos, algo que Dios quiere absolutamente de todos. Hay otras inspiraciones en las cuales no se nota muy claramente la Voluntad divina y en ellas podría haber alguna ilusión: en estos casos necesitamos consejos para actuar con prudencia, por ejemplo la inspiración de entrar en la vida religiosa, de hacer mucha y prolongada oración o alguna penitencia extraordinaria, etc...

A las primeras inspiraciones, las que claramente se conocen como provenientes de Dios, hay que corresponder en seguida si queremos hacernos santos: no podemos pensar en llegar a ser santos sin llevar a la práctica estas inspiraciones, si hacemos oídos sordos a aquellas voces que sin dudas son de Dios.

Estas voces tenemos que escucharlas con mucha atención, tenemos que llevarlas a la práctica en seguida, si no el ofrecimiento que podríamos haber hecho al Señor sería solamente de palabras y quedaría sin frutos.

En cuanto a las otras inspiraciones se necesita el consejo del director espiritual, al cual se debe obediencia: esta obediencia es el tercer medio para 'hacernos santos'.

Obediencia al Director espiritual

Si deseas llegar a ser santo antes que nada tienes que tener un buen director espiritual.

Si todavía no lo tienes, ora a Dios para que te dé la luz necesaria para encontrar quien puede ser guía seguro a tu espíritu: elijelo entre aquellos que se suelen llamar hombres de Dios, eclesiásticos comprometidos para la salud de las almas, que aman la vida recogida, el estudio y la oración.

Tienes que orar siempre al Señor para que ilumine al director que has elegido, porque esta Gracia es sumamente importante para tu buena dirección. Hecho esto, confía en Dios que hablará siempre por boca del director y escúchalo con fe como escucharías a Dios mismo, obedece con humildad a todo lo que ordena e indica, sigue su consejo y sus criterios.

El Señor conduce por el camino de esta obediencia también a las almas más santas y perfectas; muchas veces, las almas que tienen más luz para los demás, están a oscuras en su propio camino, porque así Dios las conserva en la humildad, y quiere que tengan el mérito de la sumisión a sus ministros que lo representan en la tierra. Por eso, también los más grandes y santos directores de espíritu, mientras eran muy capaces de guiar las conciencias de los demás, ellos mismos necesitaban de su director que orientara la propia.

Manifiesta con claridad al director toda tu vida interior y las inspiraciones que Dios te envía, pide los consejos oportunos y después obedece perfectamente. De esta manera el demonio no te podrá engañar, serás siempre guiado por la luz de Dios, procederás de virtud en virtud y llegarás a ser santo.

A esta altura quizás puedes decir: ¿entonces no me hace falta otra cosa para seguir el gran arte de hacerme santo? Sobre este tema fueron escritos grandes tomos y ¿ahora bastará este libro tan pequeño? Es cierto: en todos los tiempos se escribieron grandes tomos sobre este camino de 'hacernos santos' y es cierto que son muy útiles para aquellos que los pueden leer, pero es igualmente cierto que no son necesarios.

¿Y no deben aprender este arte también los que no pueden leer mucho? Este camino lo deben aprender tanto los más doctos como los más grandes ignorantes.

No son necesarios los libros, ni grandes ni pequeños: para emprender este camino basta la buena voluntad. Puede ser que este libro te sirva de estímulo, y espero que pueda servirte un poquito y ayudarte a ser santo, particularmente a ti que no tienes oportunidad de leer los grandes libros.

Si te parece que un libro tan pobre y humilde es totalmente inútil para aprender el arte de 'hacerte santo', pide al Señor la Gracia de la buena voluntad que es verdaderamente lo necesario y suficiente para este fin; invoca a María, la Reina de los santos, para que obtenga para ti esta Gracia y repite a menudo, por ti y por mí, Reina de todos los santos, ruega por nosotros: Regina Sanctorum omnium, ora pro nobis.

Contenido

PRESENTACIÓN.....	2
EL CRISTIANO Y LA SANTIDAD.....	4
Llamados a ser santos.....	4
Amor de Dios y del Prójimo.....	5
Verdadera y falsa piedad aridez de espíritu.....	6
OBSTÁCULOS PARA LA SANTIDAD.....	7
El pecado.....	7
Tentaciones.....	7
LA ASCENSIÓN A LA SANTIDAD.....	9
Oración – Meditación.....	9
La Santa Comunión.....	10
Adoración Eucarística.....	11
Un buen confesor.....	11
Amor a Jesús y a la Cruz.....	11
Cruces-tribulaciones.....	12
Confianza en Dios.....	12
VIRTUDES CRISTIANAS : FLORES DE SANTIDAD.....	14
Humildad.....	14
Obediencia.....	16
Benignidad.....	16
Mansedumbre.....	16
Castidad.....	17
Mortificación.....	17
Pobreza - Limosna – Avaricia.....	18
LA REINA DE LA SANTIDAD.....	19
María Santísima.....	19
LA MADRE DE LOS SANTOS.....	20
La Santa Iglesia - El Papa.....	20
APOSTOLADO Y SANTIDAD.....	22
Apostolado.....	22
Como llevar una vida alegre.....	23
Cuatro recuerdos finales.....	23
EL ARTE DE HACERNOS SANTOS.....	24
Que quiere decir hacernos santos.....	24
Importancia de hacernos santos.....	24

Importancia de hacernos santos pronto.....	25
Primer medio para santificarnos.....	25
Correspondencia a las buenas inspiraciones.....	26
Obediencia al Director espiritual	27